

EL DESPERTAR*.

Una fría tarde, caminando por una estrecha calle, divisé a lo lejos una extraña silueta, al parecer volando por encima de la pequeña concurrencia, que presentaba el ambiente del pueblo. Cuando por un movimiento brusco vuelvo donde me encontraba, y me doy cuenta de que me aferraba a un poste de luz y que éste al tener cables dañados que colgaban de él, me dieron un pequeño toque de electricidad. La cual me hizo reaccionar rápidamente y volver a la realidad a la que pertenecía. Sin embargo, de pronto, al continuar mi camino seguía viendo esa extraña silueta que iba tomando forma; y esa forma era cada vez más dudosa a mis ojos. No podía distinguir lo que veía, además lo que más me perturbaba era que al parecer sólo yo la estaba viendo. Porque las personas que estaban y pasaban por mis costados seguían inmersos en sus asuntos. Por un momento pensé que estaba perdiendo la razón; tal vez por consecuencia de no haber dormido bien la noche anterior y todo por culpa de aquellas pastillas que tomé sin receta médica y no me cayeron nada de bien. Seguí mi camino, aunque mi visión se volvía más nítida, y realmente me estaba aterrando. Cerré los ojos y traté de convencerme que lo que sólo yo veía era producto de mi insomnio e imaginación. Cuando abrí los ojos, ya no estaba, sentí alivio y me tranquilicé. Entre todo esto, ya había llegado a parte de mi destino, ya estaba en la parada del autobús, noté la presencia de muchos niños, alrededor de quince y eran muy pequeños. Lo extraño era que estaban sin la presencia de ningún adulto. Miré hacia todos los lados y no vi a nadie más, sólo estaban ellos y yo; vestidos extrañamente con túnicas de color azul y aún más desconcertante, tenían la mirada perdida.

Corrió una brisa fría y áspera que me estremeció, quedé paralizada, sentí que algo se movía a mi costado izquierdo, yo no podía mover ni una ínfima parte de mi cuerpo, sentía un terror que me enfriaba la sangre, estaba indefensa, quién sabe qué cosa se deslizaba a mi alrededor. De un momento a otro vi a aquella silueta

un poco más materializada. Lo que veía era extraño, una mezcla entre el universo masculino y el femenino; entre lo elegante y lo vulgar; lo excitante y lo frío.

Poseía una mirada cautivadora con un rostro fuerte, unos bellos y enormes ojos azules, semejantes al mar. Cabello sin fin, color marfil y tonalidades azabache. Sus formas eran deslumbrantes y a la vez perturbadoras; mi mente estaba confundida al ver tal encanto, sus labios carnosos y salvajes de color carmín eran una invitación a la sensualidad; su entrecejo bien definido y sus largas y onduladas pestañas albas. Sin obviar esa tersa piel de azucena que embriagaba mi visión.

Sin embargo, este llamativo ser presentaba una dualidad, un lado masculino. Sus pesadas y fuertes manos podrían romper cualquier cosa, incluso mi cuello. Su torso ancho y robusto no lo hacían parecer amorfo, lo extraño era que guardaba las proporciones, incluso me fijé en sus pies y eran pequeños y lo que más me sorprendió es que poseía unos diminutos senos que no se veían mal en su cuerpo exuberante y atractivo.

Al percatarme de todo esto, estando inmóvil, sus manos fuertes me tomaron y me removieron del lugar donde me hallaba. Cerré nuevamente los ojos y sentí que mi boca se movía, percibí un húmedo calor en mis labios. Abrí los ojos, y eso que parecía un hombre, me besaba; me asusté, mi corazón latía a mil por hora. Pero por otro lado, confieso que me gustó y dejé que fluyera esa sensación. Deseaba que continuara y que el momento no cesara, ya nada me importaba.

Lentamente sentí que introducía su mano en mi blusa y comenzó a deslizar sus largos dedos sobre mis senos, internamente quería explotar, la sensación era excitante y de nunca acabar, no quería que cesara de tocarme.

- ¡No!, no debía seguir; eso sería lo mejor, - me decía en mi interior-. Eso sería lo mejor; saqué fuerzas quién sabe de dónde y lo abalancé lejos de mí, con tal fuerza que en un abrir y cerrar de ojos había desaparecido ante mi presencia.

Sonó mi reloj despertador, me encontraba en mi cama, todo había sido un extraño sueño. La carga de morbo había desatado una explosión en mi cuerpo,

que trajo como consecuencia haber dejado totalmente empapadas las sábanas de mi cama con un líquido seboso y con un hedor característico. Toqué mi pecho y recordé sus manos acariciándome.

Recordé que hoy tenía un examen muy importante y me levanté rápidamente, me alisté y salí de la pensión, caminé aceleradamente por la misma calle de mi sueño, y que en el mundo real era la calle principal. No notaba nada extraño, llegué al paradero y había una pareja besándose apasionadamente; no estaban los niños vestidos de azul. Subí al autobús que me llevaría rumbo al instituto, cuando llegué a destino me dirigí específicamente al auditorio donde tendría el examen. Observé mi reloj y me quedaban cinco minutos para llegar a tiempo.

Cuando ingresaba al auditorio, estaban todos mis compañeros en sus asientos, me apresuré, y al hacer esto me tropecé con unos cables y una silla que estaban estorbando. Y caí libremente al suelo, ante las miradas de comicidad de mis espectadores. Me levanté torpemente y dirigí mi mirada hacia adelante; un sudor frío bañó mi espalda, me paralicé. ¡Sí!, era él, el sujeto de mi sueño, vestido con una túnica azul y su largo cabello lo abrazaba. Unos pasos más adelante estaban esos quince niños, sentados en primera fila. ¡Sí!, él tomaría el examen y esos niños presenciarían todo porque eran sus aprendices.

Me levanté como pude, sobreponiéndome ante tal coincidencia, y me dispuse a tomar mi lugar y a hacer lo que correspondía, responder mi examen. Era relativamente extenso, sin embargo, lo terminé sin ningún problema. Aunque reconozco que estaba muy nerviosa y no podía quitarle la mirada a aquel extraño, que no lo era tanto.

Salí del salón y me reuní con mis compañeros, aprovechando que estaban muy conversadores les pregunté quién era ese sujeto que supervisó el examen. Me contestaron que era el nuevo profesor de esa asignatura y que el anterior ya no podía seguir ejerciendo su docencia por asuntos personales.

Quedé sorprendida, ¿cómo yo, una jóven promedio y nada anormal puede tener esos sueños tan extraños y con alguien que jamás había visto en su triste vida?

Después de un momento, esperando quedar a solas caminé al auditorio y me asomé sigilosamente para ver si él aún se encontraba en el lugar. Y sí, estaba allí, me armé de valor, aunque no niego que mi estómago estaba hecho un nudo y un calor incontrolable se apoderaba de mi cuerpo. Entré poco a poco hasta acercarme lo suficiente, lo miré fijamente al rostro y traté de hablarle, de pronto se apagaron las luces; sentí un remezón brusco y percibí su aliento en mi rostro. No sentí miedo sólo deseo y ansiedad, en ese mismo instante me tenía entre sus brazos y hacía justamente lo que pasaba en mi sueño.

Me besó apasionadamente y sentí un cosquilleo en mi sexo, jugaba con su suave y húmeda lengua dentro de mi boca, mientras sus fuertes y ambiguas manos se deslizaban lentamente por mi piel, su objetivo, descender por mi estrecha cintura, pasar por mi ombligo, mi pelvis hasta llegar a mi húmeda y ansiosa entrepierna.

De un sopetón arrancó mi blusa y mordisqueo mi cuello, mis senos, me tomó de la cintura y me subió a la mesa, donde se encontraban los exámenes; lo que sentía era como una avalancha, pero con la diferencia que lo que se deslizaba y fluía no era nieve, sino placer, lujuria y un indescriptible deseo de poseer sin medida a ese ser tan extraño que me cautivaba. Cuando su objetivo estaba más que cerca y disfrutaba de sus inquietas manos, nació de mi interior un deseo incontrolable de expresar lo que sentía, obviamente que en ese momento las palabras sobraban; lo mejor era dejar que mi cuerpo hablara. De pronto él masajeó mi punto certero de placer y me besó como jamás lo habían hecho antes. Surgió un estrepitoso y ensordecedor gemido acaparando todo el lugar y al mismo tiempo terminó la dicha excitante de ese momento.

Me levanté vivamente y llevé mis manos a mi cuerpo. Me sentí perdida, no reconocía el lugar donde me hallaba. Estaba en una habitación muy iluminada y un pálido color la llenaba, sólo yo me encontraba en ella.

¿Había sido todo un sueño?, al parecer sí, porque lo recordaba, era el mismo sueño de siempre, repetitivo por más de cinco años, o más, ¿quién podría recordarlo? Siento voces, son muy fuertes y masculinas; entraron unos hombres al cuarto, vestidos de blanco y con semblante burlón; me tomaron por la espalda

bruscamente, me resistí. ¡Sí, sí!, me inyectaron algo, parece que me adormeció. Comienzo a gritar, ¡me arde mucho! Escuché una voz que dijo algo extraño: - ¡¡¡Cállate Arón!!! - ¿Arón? ¿Por qué ese nombre masculino? Si yo ¿era una mujer? Comencé a observarme, primero las manos, luego toqué mi rostro y esas manos fuertes y robustas tocaron un rostro con vellosidades albas, una nariz rota y cabello escaso. Me toqué el pecho - ¡¡¡No!!! , no tenía senos y con temor deslicé mi mano trémula hacia mi entrepierna.

Presentaba un bulto extraño, blando y frágil, me subí el camisón que traía puesto y...¡¡¡no!!! ¡Qué horrible apariencia!, ¡no puede ser! Era lo que veía, era, era, era un miembro masculino, yo, ¡yo tenía ese asqueroso pene en mi sexo! ¡¡¡Por Dios!!! Lo que estaba palpando y viendo no podía ser yo, yo...¡¡¡era un hombre!!! Comencé a gritar, a golpear las paredes, el suelo, mi rostro, mis piernas.

Gritaba, y de tanto hacerlo quedé sin habla y sin fuerzas. Esas paredes infranqueables eran mi prisión y este cuerpo frenaba lo que yo realmente era. Sentí un nudo en mi garganta, el pecho, irónicamente sin pechos, oprimido, me desvanecía, caí al suelo y jamás volví a despertar y a soñar el mismo sueño que me liberaba, una y otra vez.

***Autora:**

Aída Riveros Vargas. Estudiante de 4^o año de Pedagogía en Educación Física de la Universidad del Bío-Bío. Contacto:aida_riveros@hotmail.com